

NAVIDAD

Nacimiento de Cristo, Sol del Mundo

La Navidad, el Solsticio de Invierno, fiesta de orígenes remotos, cuyas raíces se remontan a la más lejana Prehistoria, celebra el nacer o renacer del Sol en medio de la oscuridad invernal. Esta fecha tan simbólica marca el triunfo del Sol, la victoria de la Luz, lo que es tanto como decir la victoria o triunfo de la Vida.

En el mundo cristiano ese Sol que nace o renace es Jesús, el Cristo, el Redentor y Salvador. Las fiestas de la Navidad celebran el nacimiento del *Christus* o *Khristós*, “el Ungido”, el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, Sol eterno o Sol del mundo, ocurrido hace ahora veintiún siglos. Es la *Epifanía* o Manifestación divina, auténtica y sublime *Teofanía*, esto es, la aparición o manifestación de la Divinidad en la que se encierra el misterio de la Encarnación, esa verdad fundamental del Cristianismo según la cual Dios se encarna, se hace hombre, desciende de las alturas divinas para vivir sobre la Tierra y traer a los hombres un mensaje de amor, paz y redención. El verbo griego *epiphainein*, que significa “manifestar” o “poner de manifiesto”, viene de *phainein*, que tiene el sentido implícito de “hacer que algo sea visible mostrándolo a la luz, donde brilla”.

Los Evangelios no dicen nada sobre la fecha de tal nacimiento de Cristo, pero la Iglesia lo fijó en el 25 de Diciembre para aprovechar el sentido simbólico de la festividad romana del *Sol Invictus*, ya que Cristo es justamente el Sol invencible que nace para iluminar y redimir a la Humanidad. Se establecía así una conexión con la antigua tradición europea, de lejano origen nórdico, cuyo eco se conserva en el nombre que la Navidad recibe en las lenguas escandinavas (*Jul*) y en muchos de los elementos simbólicos característicos de las fiestas navideñas.

Fue un gran acierto de la Iglesia el hacer coincidir la celebración de la Navidad con las fiestas que en Roma recibían el nombre de *Natalis Invicti Solis*, las cuales a su vez coincidían con el Solsticio de Invierno, cuando el Sol renace tras la larga oscuridad y los fríos del Invierno, haciendo así que la vida resurja y florezca de nuevo, trayendo un mensaje de renovación, de unidad, de paz y de victoria.

La palabra con que se designa la Navidad en numerosos idiomas hace referencia a este nacimiento del Sol divino, a esta hierofanía que supone la aparición del Hijo de Dios sobre la Tierra. Así, por ejemplo: *Natale* en italiano, *Natal* en portugués, *Nadal* en catalán y *Noël* en francés (proveniente de la forma más antigua *Nael*), con una forma inglesa derivada de esta última que es *Nowel*. Aunque en francés, además de *Noël*, también se usa como sinónimo *Nativité*, lo mismo que ocurre en portugués, que tiene *Natividade* como sinónimo de *Natal*. Voces todas ellas que tienen su origen en el latín *Natalis*.

La idea se conserva asimismo en el nombre griego *Khristoúgenna*, donde *genna* significa “nacimiento de un niño”, estando emparentada dicha voz con el latín *genus* (“nacimiento”) y derivando de tal raíz voces como “generar” (hacer nacer), “génesis” (nacimiento), “genético” (que se recibe por herencia al nacer) y “congénito” (connatural, como nacido con uno mismo). El esperanto ha seguido la misma línea al acuñar como término para designar esta fiesta sagrada la palabra *Kristonasko* (literalmente “Cristo-nacimiento”: *naski* = nacer, *nasko* = nacimiento). Todas estas voces nos hablan directamente de ese instante natalicio, de esa natividad sagrada, de sea nacencia o natalidad una y única, de ese alumbramiento solar y divino que constituye la esencia de la Navidad.

El mismo nombre de “nacimiento” que se da a la pequeña escenografía de arte popular que, en España y otros países, se monta en los hogares reflejando el ambiente de Belén y la Palestina donde nace Jesús (los también llamados “belenes”, o “pesebres” en algunas regiones), resulta muy expresivo. Esos nacimientos, belenes o pesebres, que actualmente suelen ponerse junto al Árbol de Navidad y ante los cuales se reúne la familia para cantar villancicos, son la forma folclórica de festejar, en las regiones mediterráneas, ese crucial hecho del nacimiento sagrado del Sol divino. Dicho nombre de “nacimiento”, por cierto, hace que venga a la memoria “el nacimiento” (*die Geburt*) del que habla insistentemente Meister Eckhart: nacimiento místico o iniciático, “el nacimiento de Dios en el alma” (*die Geburt Gottes in der Seele*), del que luego hablaremos.

En otros idiomas --como en el inglés *Christmas* y en el holandés *Kerstmis* o *Kerstdag*-- no aparecen tan claras las ideas del nacer y del nacimiento en el nombre que recibe la Navidad, pero sí queda plasmada con más fuerza y de forma más directa la referencia a quien nace, o sea, a Cristo. La voz inglesa *Christmas* significa literalmente “la misa de Cristo” (*the mass of Christ*), aunque aquí adquiere mayor relieve otro aspecto que va ligado a la idea de festividad sagrada, ya que en las palabras de significado religioso la terminación *-mas* viene a ser equivalente a *feast-day*, o sea, día festivo en el que se celebra o conmemora algún hecho de especial relevancia religiosa, con lo cual *Christmas* quiere decir algo así como “día festivo en honor de Cristo”. Es la misa o celebración religiosa que rememora y conmemora la venida al mundo de Jesús, el Redentor y Salvador.

Algo semejante ocurre con el *Kerstmis* holandés, pues el sufijo *mis* significa igualmente “misa”, equivalente al *mass* inglés, mientras que la sílaba *Kerst* alude a Cristo y lo cristiano. Así, por ejemplo, tenemos en neerlandés el verbo *kerstenen*, que puede significar “cristianizar” o “bautizar” (“cristianar”, que se decía antiguamente en español). En ambos casos, tanto en *Christmas* como en *Kerstmis*, se hace presente la combinación de las cuatro letras KRST que configuran el nombre de Cristo (la Ch de *Christmas* se pronuncia K, como en el *Christus* latino).

Otra denominación muy diferente es la que nos ofrece la lengua alemana, en la cual la Navidad es llamada *Weihnacht*, “Noche sacra”, “Noche bendita” o “Noche consagrada” (*Nacht* = noche, *weihen* = consagrar o bendecir). Es “la noche santa” (*die heilige Nacht*) en la que nace Dios. En este sentido, viene a corresponderse con la entrañable expresión española “Nochebuena”, referida a la noche que precede al día de Navidad. Nombre bien merecido y bien hallado, pues esta noche, “noche de paz”, “noche de luz”, en la que nace el Cordero, el Hijo de Dios, el Sol divino en toda su tierna pequeñez, es la noche buena por antonomasia, porque en ella se inicia un nuevo ciclo para el Universo entero, puesto que quien nace es el Bien sumo y eterno, la Suprema Bondad, el Verbo que es la Fuente y Raíz de todo lo bueno. Desde el pesebre de Belén, en la noche fría y oscura, van a derramarse sobre el mundo la luz, el amor, la bondad y el bien que son la esencia del Sol divino.

La noche aparece también en uno de los nombres de la Navidad en vascuence. Aunque la forma vasca más usual para nombrar la Navidad es *Eguberri*, que hace referencia al día, al nuevo y buen día en que nace Cristo (palabra compuesta por *egun*, “día”, y *berri*, “nuevo”, con la forma plural *Eguberriak*, “Navidades”), existe otra forma para designar la Navidad que alude a la noche, que es *Gabon*, con el plural *Gabonak* (“Navidades”). *Gabon* es, en realidad, el equivalente a la fórmula española “Buenas noches”, utilizada como saludo o despedida. Esta voz vuelve a aparecer en la expresión vasca equivalente a la española “la Nochebuena”, que es *Gabon gaua*, siendo el sustantivo *gau* el término para “noche”, con lo cual tenemos como una repetición o redundancia de la idea nocturna, pues tal locución significaría literalmente algo así como “noche-buenas-noches”. Para “el día de Nochebuena” el eusquera tiene la fórmula *Gabon eguna* (“día de buena noche”), prácticamente coincidente con la expresión española. Resulta curioso, por otra parte, constatar que la voz *gabon*, alusiva a la noche, interviene para calificar actos o cosas ligadas a la Navidad, actuando casi como equivalente al adjetivo “navideño”. Así, por ejemplo, tenemos *gabon kanta*, “villancico” o “canción navideña” (literalmente “canto de la buena noche”). Con relación a la voz *berri*, que interviene en la formación de *Eguberri*, cabe mencionar que *Berri on* es “el Evangelio”, o sea, “la Buena Nueva” (*berri* = nueva o noticia, *on* = buena; el plural *berriak* significa “las noticias”, o sea, el espacio reservado a los acontecimientos de actualidad en los medios audiovisuales).

Todo esto viene ya a indicar que la noche juega un papel del más alto valor simbólico en el escenario navideño. Y esta importante función simbólica viene dada por el hecho de ser la noche un momento de quietud, de paz, de calma y serenidad, de recogimiento, de receptividad. Son las horas en las que toda la Creación duerme y descansa para reponer y renovar sus energías preparándose para el nuevo día que vendrá después. En este caso, son horas de oscuridad que no significan negación de la luz, un cerrarse a la luz o rechazarla, sino todo lo contrario: disposición para recibirla, amor sereno a la Luz, virginidad pura y receptiva que se abre a ella. Es la noche que se prepara para acoger en su seno materno al Sol que ha de nacer para volver a alumbrar e iluminar al mundo. En esas horas de la noche sagrada, noche de paz, se recoge y acoge con respeto, con cariño y veneración, la semilla luminosa que es promesa de expansión y victoria del Sol.

En la Nochebuena, en la Navidad, coincidente con el Solsticio de Invierno, se festeja por tanto el nacimiento de Dios, Sol eterno. Se conmemora solemnemente, con júbilo sagrado, el misterio de su encarnación y su venida al mundo. Se trata de una fiesta divina y solar con sello cristiano.

Ya hemos analizado extensamente en otros trabajos el simbolismo del Sol como representación visible y simbólica de Dios, de la Divinidad o de lo Absoluto. El Sol se presenta, en efecto, como uno de los más perfectos símbolos de lo Divino, quizá el más directamente perceptible e inteligible, el que de modo inmediato se ofrece a nuestra mirada y más elocuentemente nos habla de lo excelso y sublime. Por su luminosidad, por su presencia en lo alto del cielo, por su poder rector y regulador de la vida, por su posición regia y central, por su capacidad para dar luz y calor (símbolos a su vez, respectivamente, de la Sabiduría y del Amor), el Sol parece hablarnos de Dios y de la Trascendencia.

Resulta altamente significativo que en las lenguas germánicas el Domingo, que es “el Día del Señor”, o sea el día consagrado a Dios, reciba el nombre de “día del Sol” (*Sunday, Sonntag, Zondag*). En las lenguas escandinavas, aparece también esta resonancia solar en el sueco *Söndag*, así como en el *Søndag* del danés y el noruego, voces en las que perdura el eco de la voz *Sunna*, el nombre que recibía el Sol en la antigua lengua nórdica (pues en dichos idiomas la palabra que actualmente designa al Astro Rey es *Sol*, siendo *son* la voz para decir “hijo”, con lo cual *Søndag* vendría a significar literalmente “día del Hijo”). En el antiguo nórdico el domingo recibía el nombre de *Sunnundagr*. Cabe añadir que también en la antigua Roma el Domingo era llamado *dies solis* (“día del Sol”), denominación que la Iglesia sustituiría más tarde por el nombre latino de *dies dominica* (“día del Señor”; de ahí el italiano *Doménica*).

Dante recurre a este simbolismo solar en varios pasajes de su grandiosa *Divina Commedia*, uno de los más grandes monumentos de la cultura cristiana, llamando a Dios “el alto Sol” (*l'alto Sol*), “el Sol de los ángeles” (*il Sol degli angeli*), el Sol que ilumina y fortalece con sus rayos a los ejércitos que integran la Iglesia militante (*il Sol che raggia tutto nostro stuolo*). En el capítulo del *Paradiso* en el que aparece Carlos Martel, el héroe y gran líder franco que derrotó a los musulmanes que intentaban invadir Francia, al que califica de “luz santa” (*lume santo*), Dante describe cómo su alma se vuelve hacia “el Sol que la llena y la sacia” (*rivolta s'era al Sol che la riempie*), es decir, mira al Bien Sumo, el cual, como un inmenso Sol sobrenatural, por su riqueza y abundancia infinitas, es capaz de satisfacer todos los deseos de cualquier creatura. Y en otro pasaje el poeta, dirigiéndose a uno de los héroes caídos en las Cruzadas, alaba a Dios que inspiró y guió su vida heroica llamándole “el Sol que os iluminó e inflamó con el calor y con la luz” (*il Sol che v'allumò e darse / col caldo e con la luce*).

“Así como el Sol exterior y visible ilumina el mundo corporal, así Dios, el Sol inteligible, ilumina nuestro interior”, afirma Santo Tomás de Aquino. Y Fray Luis de Granada, utilizando este mismo lenguaje simbólico, subraya cómo la Luz divina nos orienta en la vida disipando todo error y toda confusión, lo que le permite afirmar: “delante del Sol todo se aclara”. La imagen del Sol como símbolo de Dios aparece una y otra vez en las obras de Meister Eckhart. “De la misma forma --acota el místico alemán-- que la luz irradia a partir del Sol y se derrama sobre todas las creaturas, así también es creada el alma sin interrupción por Dios, brotando pura y fresca desde Dios”. Eckhart llama a Dios “el verdadero Sol” (*die wahre Sonne*), un Sol hacia el cual tiende el alma movida por un potente resorte. Por su parte, Thomas Carlyle, el gran pensador inglés, resume esta visión solar de la Divinidad en una escueta, bella y certera frase: “La Creación es el Arco Iris, pero el Sol que lo produce no se ve”.

Para no extenderme más en este punto y no repetir lo expuesto en otros lugares, me limitaré a recoger algunas frases de un eminente autor sagrado español, el Padre Juan Eusebio Nieremberg, que resultan muy expresivas. Todas las bellezas y perfecciones de la Creación, explica el jesuita español, son como los rayos que irradia el Sol divino, y por eso, partiendo de ellas podemos llegar al Centro y la Fuente de donde brotan, descubriendo así “al Sol por sus rayos”. En su fascinante libro “*La hermosura de Dios*”, Nieremberg resalta el importante papel que en la aparición y configuración de la belleza desempeña la luz, la cual se manifiesta en lustre, esplendor y claridad. Y muestra cómo todo ello se halla ejemplificado en el Sol, fuente y origen precisamente de la luz: “el Sol, que es astro tan hermoso, no tiene otra parte de hermosura sino su claridad y su luz”. Siendo esto así con el Sol natural y visible, con más razón aún en el Sol invisible y sobrenatural, que es Dios. Tras señalar cómo los seres humanos, para adornarse y realzar tanto su propia belleza como la hermosura de las cosas que aprecian, recurren al resplandor del oro, los diamantes, rubíes y demás piedras preciosas, pues en tal resplandor se hace patente “la hermosura de la luz, que por sí misma es hermosísima”, nuestro autor añade: “no podía faltar en Dios esta hermosura, no por artificio de adorno, sino por propiedad de su naturaleza”.

Nieremberg subraya que en Dios está presente toda la bondad y belleza de las cosas creadas, pero en grado eminente y con luminosidad insuperable. En Dios, como Sol eterno que es, “todas las perfecciones de ellas [las creaturas] están esmaltadas de luz, o, por mejor decir, son luz”. ¿Cómo pueden las estrellas, incapaces de iluminar plenamente la noche --se pregunta el Padre Juan Eusebio--, compararse con “aquel Sol eterno y claridad inmensa del Creador”? Y nos recuerda que San Anselmo llama a Dios “Fuente de Luz y Sol de eterna claridad”, citando asimismo a Santa Gertrudis, quien exclama al dirigirse a Dios: “¡Oh eterno Solsticio y hermoso mediodía!”. Hay que hacer notar, a este respecto, que el mediodía es el momento del día en que el Sol está más alto y es más intensa por tanto la luz solar. Como colofón, bello y sonoro colofón poético, voy a recoger unos versos del poeta alemán Ludwig Achim von Arnim, que llevan como título *Gottes Nähe* (“Cercanía de Dios”), en los cuales el poeta, haciendo una breve pero sentida meditación religiosa, se hace eco de este simbolismo solar aplicado a la Divinidad.

*Ich sitz' allein
Im Sonnenschein,
Und wein' und wein'!
Die Sonn' allein
Verläßt mich nicht.
Ihr Angesicht
Sie wendet nicht,
Und Gott den Herrn
Glaub ich von fern*

*In ihr zu she'n
So schön, so schön!
In jeder Well'
Sein Bildnis hell,
In meiner Brust,
Mir unbewußt,
Steht auch sein Bild
So mild, so mild!*

“Estoy sentado en soledad / a la luz del Sol, / ¡y no dejo de llorar! / Únicamente el Sol / no me abandona. / Su rostro y su mirada / no se apartan ni miran para otro lado, / y a Dios mi Señor / creo desde lejos / verle en él / ¡tan bello, tan hermoso! / En cada onda de luz / su radiante imagen, / y en mi pecho, / sin darme yo cuenta, / está también su imagen / ¡tan dulce, tan benévola!”.

* * *

El simbolismo solar se hace presente asimismo y con gran fuerza expresiva en la figura de Cristo, el Hijo de Dios, la Segunda persona de la Trinidad, el Logos o Verbo divino. Jesús, el Cristo, suele recibir en la literatura cristiana los epítetos de “Sol eterno”, “Sol de Justicia”, “Sol sobrenatural”, “Sol que ilumina el mundo”, “Sol de Amor y Sabiduría”, “Sol de las almas”, “Sol de amores”, “Sol de vida”, “Sol interior”, “Sol superno” (*Supernal Sun*), “el verdadero Sol”, “Sol del Sol”, que hace que luzca y resplandezca el mismo Sol visible en el firmamento. Se le da asimismo el título simbólico de “Solsticio Eterno”, así como los no menos elocuentes, en la línea del simbolismo febeo o heliaco, de “Puerta Solar” (*Sun-Door*) “Astro creador” o “Divino Astro Rey”. En la misma calificación de Cristo como “Luz del mundo”, que aparece repetidas veces en el Nuevo Testamento, hay una referencia indirecta e implícita a su carácter solar, pues el Sol es el órgano cósmico de la luz visible en la Naturaleza, la fuente y origen de la luz que ilumina al mundo.

Tras comentar cómo Dios gobierna el mundo por medio del Sol y cómo el Astro Rey hace su carrera en el cielo, San Isidoro escribe: “N.S. Jesucristo, Sol eterno, recorre su carrera, y así le llaman Meridiano” (recordemos que la palabra “meridiano” hace referencia a lo que está relacionado con el mediodía). Y a continuación añade: “Sale el Sol de Justicia para los que temen al Señor y hay bonanza en sus almenas”. Comparando a la Iglesia con la Luna, San Isidoro dice que “así como aquella [la Luna] es iluminada por el Sol, lo es ésta [la Iglesia] por Cristo”. Al igual que el Sol, Cristo se oculta o eclipsa a veces para los hombres, pero siempre triunfa su resplandor: “como Sol que relumbra en su cenit, iluminó las tinieblas del siglo ciego”.

El Crismón, emblema y enseña de Cristo, que aparece desde los primeros tiempos del Cristianismo, está formado por las dos primeras letras en mayúscula del nombre griego ΧΡΙΣΤΟΣ, la Ki (X) y la Ro (P), insertas dentro del círculo o disco solar. Llevando a veces incorporado también el símbolo de la cruz, el Crismón forma el lábaro, signo que proclama el triunfo de Cristo como un nuevo Sol sobre las fuerzas del mal y de las tinieblas. El mismo significado solar tienen los rosetones cincelados en las fachadas de los templos medievales, tanto góticos como románicos, con un número variable de radios o rayos que parten del centro del círculo, recordando así la presencia central de Cristo como Rey del Universo, simbolizado este último por el círculo, y su irradiación hacia la totalidad de la Existencia.

La misma imagen del sagrado Corazón de Jesús tiene un claro simbolismo solar con sus rayos de luz y sus llamas de amor. El poeta inglés Francis Thompson aplica a Cristo los epítetos de “Sol Místico” (*Mystic Sun*) y “Sol Oculto” (*Hidden Sun*), cuyos rayos están tan cerca de nosotros (*His beams so near us*). Como recuerda Camilian Demetrescu, recogiendo el mensaje de la más pura y antigua tradición cristiana, en Cristo tiene lugar “el Eterno Solsticio”, que rompe la frialdad de nuestro invierno interior, tal y como celebra el arte cristiano, y de manera muy especial el arte románico medieval. Él es “el Solsticio Eterno” que domina la existencia y renueva por completo nuestra vida. Demetrescu pone de relieve cómo en el arte paleocristiano, y más concretamente en algunas inscripciones de las catacumbas, “los rayos del símbolo solar son representados en forma de mano, como en los antiguos emblemas egipcios del Sol”.

Teresa de Lisieux, en su poesía que lleva el título *L'abandon* (“El abandono”), llama a Cristo “Sol de vida”, comparando también con el Sol a la hostia consagrada, la cual con su perfecta forma redonda y su brillante color blanco tiene todo el aspecto de un pequeño sol radiante. Santa Teresa recurre también, por cierto, en su tierna y bella poesía al simbolismo solar de una flor silvestre como la maya, semejante a la margarita.

*Comme la pâquerette
Au calice vermeil.
Moi, petite fleurette,
Je m'entrouvre au Soleil.
Mon doux Soleil de vie,
O mon aimable Roi!
C'est ta divine Hostie,
Petite comme moi...
De sa céleste flame
Le lumineux rayon
Fait naître dans mon âme
Le parfait abandon.*

“Como la maya o margarita / de cáliz amarillo, / yo, pequeña florecilla, / me entrebrio al Sol. / ¡Mi dulce Sol de vida, / Oh mi amable Rey! / Es tu divina Hostia, / pequeña como yo... / De su celeste llama / el luminoso rayo / hace nacer en mi alma / el perfecto abandono”. El simbolismo solar de la hostia sacra, aquí insinuado por Teresa de Lisieux, se ve acentuado y reafirmado en el rito católico por la custodia en la que suele colocarse para la exposición y veneración de los fieles, custodia que suele tener un color dorado y un intenso círculo de rayos que la circundan. No cabe duda de que la oblea eucarística o forma sagrada es uno de los más perfectos símbolos de la presencia del Sol divino encarnado.

Cristo, el Hijo del Altísimo (*der Sohn des Höchsten*), el Hijo de Dios (*the Son of God*), el Sol de Justicia (*the Sun of Justice*), se prefigura como el Verbo creador, el Logos que, a semejanza del Sol, sostiene la vida entera de la Creación. Obsérvese, por cierto, la similitud existente entre las voces inglesas con las que se expresan esas dos ideas, “Hijo” y “Sol”: *Son* (Hijo) y *Sun* (Sol), dos palabras que se pronuncian igual (*san*). Las dos voces sugieren el Ser en plenitud, en toda su potencia irradiante; las dos parecen apuntar --y más aún cuando van referidas al plano divino-- a realidades que *son* (en el sentido fuerte de este plural del verbo “ser”), a entidades que *son* ante todo y por encima de todo y en las que no hay la más mínima sombra del “no-ser”, que no adolecen de deficiencia o limitación alguna en el ser. Nos hablan de un Ser incommovible y trascendente, Ser fundante y fundamentador, “el Ser que es”, “el Ser que se da a sí mismo el ser” y, en su sobreabundancia amorosa, lo da a todos los seres.

No puede menos de llamar la atención, por otra parte, la similitud existente entre la raíz sánscrita *Sat*, “Ser” (lo que es tanto como decir *Satya*, “Verdad”) y la voz inglesa *Sun* (con su pronunciación *San*), junto a la cual podría también situarse la española y latina *Sol*. No es casual tal semejanza fonética y gráfica, pues el Sol, cuya luz sostiene la vida, se aparece como el garante del Ser, la más pura expresión de la Verdad del Ser y el símbolo mismo del Ser que da el ser a todo lo que es o existe. Lo solar --lo “sánico” me atrevería a decir apoyándome en el sonoro término inglés *sun* (*san*)-- viene a coincidir con lo sátvico, es decir, con todo aquello en lo que predomina el guna *satva*, el guna eseyente o serídico. De ahí que el Héroe solar se perfila como una figura básicamente sátvica, un heraldo del Ser, un mensajero y adalid del *Sat*.

Esas dos palabras, *Sun* y *Son*, que aluden a cosas tan distintas, se unen de manera simbólica en la sonoridad de la pronunciación como si quisieran indicar que nos hallamos ante una misma y única realidad, pues son dos formas de expresar el Ser que sustenta la vida, que hace posible la existencia, que está en la base y raíz del Todo universal. De esta realidad divina, radial, radical o raigal, santa, esencial, eseyente, serídica, que se presenta bajo la forma de *Son* (“Hijo” = *Sohn* en alemán, *Søn* en danés) o de *Sun* (“Sol” = *Sonne* en alemán, *Zon* en holandés), brota un son, sonido, tono o vibración que pone orden, orientación, significado y sentido (*Sinn*, *Sense*, *Sens*, *Senso*, *Zin*) en todas las cosas, señalando a cada una su puesto dentro del Orden universal, y cuya vibrante pero silenciosa sonoridad hace palpitar de alegría y gozo a la Creación entera.

Cuando Kathleen Raine, en su poema *To the Sun* (“Al Sol”), llama al Astro central del sistema solar “Sol que lo da todo” o “Sol omnidador” (*all-giving sun*) y se dirige a él calificándole de “gran dador de todo lo que es” (*great giver of all that is*), “el más grande de los donantes” (*greatest of givers*), pues es “el más puro y sagrado manantial” (*the holiest, purest source*) que da “sentido o significado y ser” (*meaning and being*) a todas las cosas, nos está mostrando esta acción tan fundamental para la Manifestación universal que ejerce el Sol divino. Y más adelante, en este poema cargado de un sentimiento sacro ante la Naturaleza, la autora inglesa añade, dirigiéndose al Sol: “tu máscara dorada cubre lo Desconocido [o al Desconocido] / Presencia del Despertador de todos los ojos” (*Your golden mask covers the Unknown / Presence of the Awakener of all eyes*).

Dios, Sol eterno, es el que lo da todo, todo brota de Él, de su Luz y de su Amor. Es el Dador o Donante universal: lo que Él no da, no se da ni se podrá dar, no existe ni podrá existir jamás. Él es quien da el ser y el sentido a todas las cosas: si no se los diera, carecerían de ambas cosas, tanto de ser como de sentido y de significado. Cristo, siendo Logos solar, es el Ser y el Sentido: el Ser que da el ser a todo cuanto existe y el Sentido que da significado y sentido a todo lo que vemos, sentimos y pensamos, así como a todo aquello que nos sucede. Como Logos, Verbo o Razón, introduce la huella lógica, racional e intelectual en los distintos aspectos, facetas, dimensiones y niveles de la realidad. Alejarse de Él significa caer en el sinsentido, en el absurdo, en el desatino y el despropósito, y encaminarse así hacia la Nada, hacia el No-ser. Significa condenarse a una existencia triste, anodina, oscura y fría, sin luz y sin calor, sin sol, sin claridad, sin calidad ni calidez.

Observemos que Cristo recibe también el sobrenombre o epíteto de “el Cordero”, el *Agnus Dei* (“el Cordero de Dios”). Ahora bien, el cordero, como el carnero, tiene, con su color blanco, un claro simbolismo solar. Se ha señalado a menudo la similitud existente entre la palabra latina *Agnus* y el sánscrito *Agni*, el nombre del dios védico del Fuego, cuyo significado solar resulta evidente. Es también el *Aries* guerrero, el Carnero, con su capacidad de atacar y embestir (proviendo de dicho término la palabra “ariete”, poderoso instrumento bélico para atacar murallas), y cuyo nombre recuerda tanto el calificativo “Ario” (*Arya*) como el apelativo *Ares*, el dios griego de la guerra. Además del cordero, entre los animales simbólicos y emblemáticos asociados a la figura de Cristo, que lo representan a menudo en el arte cristiano, destacan los de clara significación solar, como el águila, el león, el ciervo, el cisne, el halcón, el unicornio, la paloma, el pelicano y el caballo blanco.

En algunos relieves del arte paleocristiano Cristo es representado en la figura de Helios, el dios solar griego, conduciendo el carro del Sol que surca los cielos tirado por los típicos caballos heliácos. En otras muchas representaciones posteriores Jesús aparece con su cabeza rodeada del nimbo, halo o aura circular, el disco solar con o sin la cruz inserta en él, y con rayos luminosos que irradian de ella como si fuera un sol viviente. Es frecuente verlo también en las pinturas o esculturas policromadas como “Rey de reyes”, Rey solar en majestad, sentado en su trono dentro de la Mandorla (figura geométrica que significa la protección de la Luz), con una capa roja y corona dorada, cosas todas ellas de claro simbolismo heliáco.

Se ha subrayado a menudo, por otra parte, la coincidencia que presentan los 12 apóstoles con los 12 signos del Zodíaco, que suelen representarse formando un círculo en torno al Sol que es el centro, de la misma forma que los 12 apóstoles son representados en ciertos casos alrededor de la figura de Cristo, como si fueran planetas que giran alrededor del Sol. Podemos encontrar incluso en libros y documentos antiguos alguna curiosa ilustración en la que aparece la inicial de cada apóstol asociada al símbolo de uno de los signos zodiacales, con el Sagrado Corazón como elemento central que está unido a las 12 figuras de la periferia por medio de los rayos o radios que parten del centro, formando así una especie de rosetón astrológico.

Cabría mencionar también el águila regia que figura en el emblema y estandarte de la antigua Prusia, la cual mira y vuela hacia el Sol, representación simbólica de Dios, de Cristo, bajo el lema *Non Soli cedit* (“No se aparta del Sol”). No hay que olvidar que Prusia, heredera de la antigua Orden Teutónica, nace como un reino con una fuerte impronta religiosa. La figura del Sol aparece también en la Monarquía española como signo de su vocación cristiana y de la protección que sobre ella dispensa Dios en virtud de su sentido militante al expandir y defender el mensaje de Cristo.

Cristo se nos aparece, por otra parte, como Héroe solar, como Héroe que lucha contra las fuerzas de la oscuridad y las vence por completo. En los antiguos poemas germánicos (el *Beowulf*, el *Heliand*) se presenta a Cristo en la figura de un heroico líder guerrero que derrota a las potencias del mal y las tinieblas, y en alguno de los bellos mosaicos de estilo bizantino de Rávena Cristo es representado con indumentaria guerrera y armado para el combate. Gellert, poeta alemán del siglo XVIII, autor de bellísimas poesías religiosas, llama a Cristo “el Héroe de los héroes” (*der Helden Held*). En el Apocalipsis, Cristo, Verbo divino, es descrito como guerrero radiante, victorioso e invencible, con rostro de Sol, montado sobre un caballo blanco y armado con espada, arco y flechas, armas todas ellas que simbolizan los rayos solares.

Véase, por ejemplo, la composición poética de Agrippa d’Aubigné, poeta francés del siglo XVI, que lleva el título de *Prière du Matin* (“Oración de la Mañana”) y que inicia sus versos con la siguiente estrofa:

*Le Soleil couronné de rayons et de flammes
Redore notre aube à son tour:
Ô saint Soleil des Saints, Soleil du saint amour,
Perce de fleches d’or les ténèbres des âmes
En y rallumant le beau jour.*

“El Sol coronado de rayos y de llamas / Redora a su vez nuestro alba: / Oh santo Sol de los Santos, Sol del santo amor, / Perfora con flechas de oro las tinieblas de las almas / Despertando y animando en ellas el buen día [o: volviendo a encender en ellas el bello día]”. Recordemos que el oro es, en la simbología tradicional, el metal del Sol; es luz solar cuajada en la forma mineral del metal más noble, puro y brillante. D’Aubigné añade más adelante, aludiendo a la acción combativa del Sol divino: *Fuyez, péchés, fuyez: le Soleil clair et beau / Votre amas vicieux dissipe et sépare, / Pour nous ôter notre bandeau* (“Huid, pecados, huid: el Sol claro y bello / Vuestro montón vicioso disipa y separa / Para quitarnos nuestra venda”; o sea, la venda que tapa nuestros ojos, que nos impide ver, que nos ciega y esclaviza).

No puede sorprender que Cristo haya sido comparado, a lo largo de los siglos y según las diversas culturas en las que el mensaje cristiano ha arraigado, con figuras típicas del Héroe solar como Horus, Hércules, Apolo, Teseo, Lug, Balder o Sigfrido (el héroe germánico cuyo nombre, *Siegfried*, significa “Victoria-Paz”: *Sieg* = victoria, *Friede* = paz). Así, vemos que Jesús es llamado a veces en la Europa cristiana “el nuevo Hércules”, mientras en el Egipto copto se le llamará “el verdadero Horus”.

* * *

Para una mente formada en la cosmovisión sagrada, imbuida del mensaje sapiencial proveniente de la Gran Tradición y receptiva a la dimensión simbólica de la Creación o Manifestación universal, no escapará la alta significación que presenta la coincidencia entre la Navidad y el Solsticio de Invierno.

Hay en la celebración del nacimiento de Cristo en esta fecha clave invernal una conexión con el Orden cósmico, como no podía menos de ser, dada la dimensión cósmica y universal del Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad, puesta de manifiesto en lo que se ha llamado “el Cristo cósmico”. Es decir, la figura de Cristo caracterizado por su función como Logos o Principio rector del Cosmos (*Cosmókrator*), presente en la Creación y en las vicisitudes de la realidad cósmica, de la cual forma parte precisamente, entre otras cosas, la dimensión simbólica de las realidades, los seres y los fenómenos naturales. Dicha dimensión simbólica no es sino una expresión o manifestación del Logos, Verbo o Eterna Palabra-Razón que sostiene, guía, inspira y da sentido a la Manifestación universal. De ahí la sorprendente y fascinante trabazón lógica que puede descubrirse en el mundo de los símbolos, en sus interconexiones y en su inagotable riqueza de significados.

Cristo, Logos o Verbo divino, nace en este momento tan simbólico del ritmo de la Naturaleza que es el Solsticio de Invierno con un mensaje espiritual de la más alta significación y de la mayor trascendencia. Un mensaje de renovación, de iluminación, de restauración, de liberación y redención, que afecta a todas las dimensiones de la vida y que tiene una repercusión en aspectos insospechados del devenir cósmico. Entre otras cosas, hay en esta confluencia de hechos naturales y sobrenaturales un anuncio muy directo, o una buena nueva (*berri on*, como es la Navidad misma), que nos habla del retorno, restauración y reafirmación de lo sagrado en medio de un mundo desacralizado, descreído, sumido en el agnosticismo, el indiferentismo y el ateísmo. En la atmósfera que crea la Navidad vuelve lo Divino a asentarse con fuerza en el centro de la existencia.

Tanto el acontecimiento cósmico del Solsticio de Invierno como el hecho histórico y espiritual del nacimiento de Cristo en el Portal de Belén se prestan a una interpretación simbólica que nos ofrece una profunda enseñanza para nuestra propia vida interior. Ambos hechos, con la conexión de tipo simbólico existente entre ambos, nos llaman a realizar dentro de nosotros mismos una gran obra de renovación y regeneración espiritual.

Cristo, Sol eterno, Luz del mundo, nace para que despertemos, para que salgamos del sueño en que nos hallamos sumidos, para que nos sacudamos la ignorancia o ceguera espiritual que nos tiene aprisionados. Su Luz redentora, renovadora y liberadora quiere abrirse paso hasta lo más profundo de nuestro ser para que recobremos la memoria, nuestra más alta memoria, que nos permitirá salir de la amnesia en que vivimos y recordar nuestra verdadera naturaleza, nuestro destino, nuestro origen y nuestro fin último.

Cristo, Sol de Justicia, nace para iluminar mi mente, para rescatarme de mi torpor y de la oscuridad que me oprime. Nace para reconducirme a mi ser (o mejor, a mi Ser, a mi Esencia divina), para recordarme quién soy, de dónde vengo y adónde voy, hacia dónde debo encaminarme, qué o quién estoy llamado a ser. El Sol eterno nace para que yo nazca de nuevo, para que yo nazca en verdad saliendo de la semivida, infravida, no-vida o muerte en vida en la que languidezco y me arrastro sin pena ni gloria, de forma tan lamentable como miserable.

El Sol-Logos, que es el Alfa y la Omega, viene al mundo en medio de la oscuridad de la noche invernal para que encontremos nuestro Norte, para que volvamos a descubrir nuestro Centro, para que nuestra vida arraigue de nuevo en el Principio del que nunca debió alejarse y que nunca debimos olvidar. Nace y viene a nosotros, por tanto, para devolvernos todo lo que hemos perdido por nuestra inconsciencia y frivolidad: el Principio, el Norte, el Centro, el Polo y el Eje de equilibrio. Todo lo cual únicamente lo podemos encontrar por medio del Sol-Logos, a través de Él y gracias a Él, pues Él mismo, como Sagrado Corazón del Cosmos, es el Principio, Centro, Eje, Polo y Norte de la Existencia universal.

El Logos-Helios viene para sanarnos y devolvernos la salud, para curar nuestra enfermedad congénita, esa mortal dolencia causada por el egoísmo, la egolatría y el egocentrismo, que nos hace excéntricos, desprincipiados, desnortados y descentrados, despolarizados y desaxiados. Y para ello, nos invita a interiorizarnos, a salir de esta existencia anodina, banal y superficial, volcada hacia el exterior, sometida a las presiones externas, en la que generalmente nos desenvolvemos, con grave daño no sólo para nuestro ser anímico y espiritual, sino incluso para nuestro organismo corporal.

Cristo, el Niño-Dios o Niño-Sol que nace en Belén, viene al mundo para devolvernos el sol y la sal de la vida. Para que la oscuridad se retire de nuestra vida y en ella haga siempre sol, haya un clima soleado, y tenga esa sal espiritual, moral, intelectual y emotiva, que es el sentido (*der Sinn* en alemán; *el seny i el sentit*, que se diría en catalán; *le sens*, que se diría en francés, debiendo pronunciarse esta palabra como *sans*).

Cristo es “el Sol de soles” capaz de iluminarlo todo, dando su luz al mismo Sol. Es el Sol superno que nos llama a vivir como soles que iluminan la vida. “Al igual que el Sol --escribe el poeta y pensador Thomas Traherne-- lanzamos nuestros rayos ante nosotros (*like the Sun we dart our rays before us*), ocupando con luz y contemplación aquellos espacios hacia los que caminamos, pero que no poseemos con nuestros cuerpos. Y viendo todas las cosas en la luz del Conocimiento divino, sirviendo eternamente a Dios, nos alegramos de forma indecible en dicho servicio y disfrutamos de lleno con ello (*rejoice unspeakably in that service, and enjoy it all*)”. Cristo, como indica asimismo Traherne, es “el Hijo de Dios” que nos recuerda, que, siguiendo su ejemplo, también nosotros hemos de vivir como hijos de Dios, hijos del Sol que viven y actúan como tales.

Pero Cristo no sólo es “el Sol de soles”, sino también “la Sal de sales”. Sal principal y salvífica que lo sazona todo, que hace que todo esté en sazón, que da sabor a todas las cosas, ese sabor que resulta del significado y sentido de cada una de ellas, de su puesto y función dentro del concierto universal. Es la Sal viva y avivadora, Sal uránica, Sal soleada, Sal plena de sol, capaz de reanimar nuestra vida y sacarnos de nuestro desmayo existencial mejor que pudiera hacerlo la combinación de las mejores sales. Una Sal cuyos efectos se transmiten al comportamiento, la postura personal y el estilo vital, dándonos la elegancia, la medida, la delicadeza, el vigor y el buen gusto propios de lo que suele llamarse “sal ática”. Una Sal que es como un maná celestial, tan eficaz como sutil, que hace que nuestra vida tenga el sabor que debe tener, esté en su punto, y nos hace estar en sazón, o sea, siempre a punto, ajustados a lo que cada circunstancia exija de nosotros, dispuestos a aprovechar el instante y el momento oportuno.

Señalemos, a este respecto, que la sal, por su forma cristalina y su color blanco parece sol cristalizado. Debido al valor que siempre ha tenido en las más diversas culturas por sus especiales propiedades, así como por el brillo que suele acompañarla, la sal ha sido considerada como una suerte de oro blanco (coincidiendo así con el simbolismo solar del oro). Por su capacidad para conservar los alimentos y darles sabor, da la impresión de poner sol en ellos. Es como si, al penetrar por ejemplo en las carnes muertas, depositara en ellas minúsculas partículas de luz solar que las protegen de la corrupción y la putrefacción. Por sus preciadas cualidades sazonadoras y purificadoras (no hay que olvidar su poder para romper y deshacer el hielo invernal), la sal constituye un símbolo de la sabiduría, la sensatez, el buen sentido, la vitalidad, la virtud, la incorruptibilidad. Pero la sal contiene además el significado de amistad, camaradería, alianza, unión, compasión, caridad y solidaridad. En relación con el simbolismo amistoso y fraterno de la sal, cabe recordar el dicho inglés según el cual “uno no conoce bien a una persona hasta que no haya tomado una libra de sal con ella”.

Desde esta perspectiva simbólica, he aquí lo que podría ser una plegaria navideña o solsticial: “Sal, Sol eterno, para que ilumines nuestro horizonte y nos des esa sal de la vida que es la sabiduría, con el sentido que es su preciado fruto, cosas ambas que tanto necesitamos los seres humanos para vivir como es debido, y podamos así gozar del solaz que nuestro ser busca y anhela. Cuando sales, todo se solaza y aclara, todo recobra su ser. Tu salida luminosa, majestuosa, amorosa y alegre, hace salir todo lo noble, grande, bueno y valioso que hay en nosotros. Ven de nuevo, Sol de soles, y luce para que nuestra vida no sea un erial, un solar baldío y estéril, sino un terreno fértil, floreado y soleado, solariego y solarizado. Que tu Luz devuelva a nuestro ser su antigua y natural nobleza, su raigambre y solera, su esplendor y dignidad”.

La presencia del Sol divino o Eterno Solsticio, cuyos rayos penetran hasta lo más hondo de nuestro ser, hará que se derrita el hielo que recubre nuestro corazón y se deshaga la costra que imposibilita que entre en nuestra mente la luz de la Verdad, esa luz que nos ha de liberar y sanar. Sus rayos son cálidos granos o gotas de sal que resquebrajan el hielo que nos inmoviliza y, al cubrir el camino por el que tenemos que andar y avanzar, nos pone en peligro de caer y sufrir serios daños que nos inmovilicen más aún. El nacimiento del Cristo-Sol nos saca de la vida profana y mundana para reconducirnos a una forma de vida sagrada, la vida sacra y santa, la vida sacrosanta, que es la vida entera, íntegra, completa y total (como se pone de relieve en el parentesco que une las voces inglesas *holy*, “sagrado” o “santo”, y *wholly*, “totalmente” o “enteramente”).

Ese Sol (*Sun*) e Hijo (*Son*) que es el Ser (*Sein*) se presenta además como el Son primordial del que brotan todos los sonos o sonidos. Como Verbo y Logos, como Palabra divina y eterna, es el Son supremo, “el Son de sonos” que hace vibrar la Creación entera. Al son de su Voz suave, serena y potente, todo cobra vida, todo se embellece y florece, todo se ve sacudido por un sacro temblor y se torna canto, danza, concordancia amorosa, cadencia alegre y melodiosa, himno de júbilo y alabanza. En Él está la Fuente de la música o vibración sonora que constituye la savia armonizadora del Cosmos. Su Voz es “el son del Sol” que mantiene el Orden universal: un son solar, ígneo y luminoso, que está más allá de todo sonido y que va sembrando de armonía, de belleza, de poesía, de sal y luz inmateriales la totalidad de la existencia.

Dios es el Orden, el Orden que está en la base y la génesis de todo orden, el Orden que lo ordena todo con su Luz y con su misma Presencia, el Principio ordenador y articulador que hace posible toda forma de orden, la Norma suprema a la que ha de ajustarse cualquier aspecto de la realidad o de la vida para estar en orden. Es el Sol que con su luz y su calor instaura, cuida y vigila el *Ordo* o *Dharma*, esto es, el Orden universal. Es el Polo, Eje y Centro supremo del que parte la influencia ordenadora en cualquier plano o nivel de la existencia, y en torno al cual se articula el deseable y justo orden que anhelamos consciente o inconscientemente los seres humanos (mientras funcione bien nuestra inteligencia), con todo lo que el verdadero orden significa de armonía, equilibrio, salud, claridad, unidad, buen funcionamiento del organismo, ya se trate de un organismo individual o colectivo.

No podemos gozar del orden, ya sea en el plano físico, anímico o espiritual, si nos alejamos del Orden divino, del supremo Principio ordenador, del Sol que sustenta y mantiene el Orden. Nuestra vida, nuestra vida personal, la vida de la sociedad de la que formamos parte y la vida misma del Cosmos, no podrán tener orden si se apartan o tratan de apartarse de la ruta luminosa que les señala el Sol eterno con su Amor y Sabiduría.

Por eso, al nacer en estas fechas de la Navidad y el Solsticio, el Hijo de Dios no hace otra cosa que traer el orden a nuestra vida desordenada y caótica. Su misión es restaurar el orden perdido y poner fin al caos que mina nuestra existencia. Como Sol divino que es, actúa como mensajero y heraldo del Orden, que es fruto y consecuencia de la Luz. El Helios sobrenatural que nace o renace en estas jornadas de alto valor sagrado nos llama al orden, nos invita a ordenar nuestras vidas. Con su misma presencia, con su mismo acto de surgir y aparecer en nuestro mundo, nos da la orden de empezar a poner orden y concierto en nuestro ser, empezando por nuestra mente. Nos ordena o aconseja --pues toda orden suya es un consejo lleno de amor y sabiduría-- que pongamos orden ante todo en nuestras ideas, nuestros deseos, nuestras emociones y nuestros sentimientos.

El Logos solar, con su mismo nacimiento, con su ejemplo vivo, candente y potente, nos trasmite una poderosa influencia espiritual que, de forma espontánea y natural (sobrenaturalmente natural, se podría decir), impone una estructura lógica, en el más alto y riguroso sentido de la palabra, a nuestro ser y a nuestra vida. Una estructura lógica, que no logicista, no encorsetada en esquemas racionalistas cerrados, sino abierta, relacional y dialogante: abierta ante todo y sobre todo hacia lo Alto, capaz de establecer relaciones correctas con lo real y en la cual se integren de forma armónica, y respetando su justa jerarquía, lo infrarracional, lo racional y lo suprarracional. Nuestra vida tendrá así una estructura y un funcionamiento que, por ser profunda y altamente lógicos, serán coherentes y consistentes, dotados de una gran solidez y firmeza. Sólo el Logos, el Intelecto divino, puede imponer tal orden lógico, inteligente y sensato, sabio y legítimo, tan necesario, tan delicado y difícil.

La Navidad lleva consigo un mensaje de paz. Así lo han entendido siempre los seres humanos mientras no se han dejado abducir por la banalidad y superficialidad del materialismo consumista, ni han pervertido tampoco sus mentes por el influjo de ideologías aberrantes. Pero esa paz que se respira, o debería respirarse en las Navidades, no es posible sin el orden. La Navidad trae aires de paz, de entendimiento y reconciliación, porque implanta o siembra en nuestra vida el orden que viene de lo Alto, ese orden solar que sólo puede imperar cuando nos abrimos a la Voz que viene del Cielo, cuando somos receptivos a la Luz del Sol divino. San Agustín definía sabiamente la paz como “la tranquilidad del orden”. Esa tranquilidad ordenada es la que nos aporta el nacimiento del Sol eterno o Eterno Solsticio, con el cual, puesto que Él mismo es el Ser y el Orden, todo vuelve a su ser y a su orden.

* * *

[Continuará la próxima semana]